

Título

Ciudadanos vs políticos: la impolítica al acecho

Resumen

En los últimos años multitudinarias manifestaciones de ciudadanos disconformes, de forma más o menos organizada, han ocupado la escena política. Dos características han marcado estos fenómenos. Por un lado el descontento que se manifiesta en el espacio público se ve amplificado por la utilización de dispositivos tecnológicos y redes sociales, por el otro, la disconformidad o el rechazo no se deposita sobre elementos exteriores sino sobre componentes internos del sistema, donde la clase política encabeza la lista de cuestionados. Las distintas fuerzas políticas deben readaptar sus estructuras y prácticas a la nueva realidad, encontrar nuevos mecanismos para gestionar lo público y lograr dar respuestas a las crecientes demandas ciudadanas.

La ponencia pretende desarrollar parte de los interrogantes que enfrenta la política en el presente y busca señalar algunos desafíos para las gestiones de gobierno en los próximos años, entendiendo que el proceso de creación e implementación de las políticas públicas inevitablemente es atravesado por la política en sentido amplio.

1. Introducción

En los últimos años numerosos trabajos nos han invitado a reflexionar sobre el desempeño y las tensiones que experimentan las instituciones democráticas frente a una ciudadanía atravesada por los profundos y vertiginosos cambios de nuestro tiempo.

Entre los valiosos aportes realizados por este diverso conjunto de obras, podemos señalar dos características que consideramos claves para comprender las multitudinarias manifestaciones de ciudadanos disconformes, que de forma más o menos organizada han ocupado la escena política en los últimos años.

La primera de ellas es que el descontento que se manifiesta en el espacio público se ve amplificado por la utilización de dispositivos tecnológicos y redes sociales.

La segunda es que la disconformidad o el rechazo no se deposita sobre elementos exteriores sino sobre componentes internos del sistema, donde la clase política encabeza la lista de cuestionados.

Ambos puntos suscitan un gran interés para las ciencias sociales que tienen el rol fundamental a la hora de analizar, comprender y aportar al fortalecimiento de la democracia. Pero más allá de las universidades, los institutos o los centros de estudios, la preocupación por estos fenómenos importa de sobremanera a los distintos partidos y fuerzas políticas que deben readaptar sus estructuras y prácticas a la nueva realidad, o perecer en el intento.

¿Cuál es el rol de la dirigencia política en este contexto? ¿qué características deben poseer los líderes políticos de nuestro tiempo? ¿qué espera la ciudadanía de ellos? Estas preguntas claramente interpelan a quienes se dedican al estudio de la política pero sobre todo quitan el sueño a quienes en cada elección deben competir por los votos necesarios para permanecer en el poder o acceder a él.

En este trabajo resaltaremos algunas lecturas de estos fenómenos que consideramos centrales para analizar la vinculación entre la dirigencia política, los poderes públicos y la sociedad, y señalaremos algunos de los desafíos que enfrenta la política pública en nuestro tiempo.

2. El descontento

El tipo de relación entre *políticos* y ciudadanos, entre representantes y representados, es uno de los ejes principales sobre los que se construye un sistema de gobierno. De la salud de este vínculo depende el grado de descontento, y eventualmente de conflicto, que la sociedad tenga con sus gobernantes.

En el mes de mayo de 2011 un conjunto de movilizaciones, convocadas principalmente a través de las redes sociales, constituyó el punto de partida de una serie infinita de protestas que se esparció por toda España y traspasó las fronteras mostrando al resto del mundo la magnitud del fenómeno de “los indignados”.

También en septiembre de ese año, en EE.UU, se sucedieron una serie de manifestaciones que desembocaron luego de un mes en cientos de personas ocupando las plazas del centro financiero mundial bajo la consigna de Occupy Wall Street.

En el año 2014 una huelga estudiantil en Hong Kong, reprimida por las fuerzas de seguridad, escaló hasta convertirse en lo que se denominó la Revolución de los Paraguas, con decenas de miles de personas manifestándose en las calles, construyendo barricadas en diversos puntos de la ciudad y enarbolando consignas relacionadas fundamentalmente con la demanda de una mayor democracia.

En octubre de 2018, un aumento del precio de los combustibles en Francia fue el puntapié inicial de numerosas manifestaciones, recordadas por la utilización de chalecos amarillos y por la violenta represión de la policía. Si inicialmente el descontento enfrentó al gobierno de Emmanuel Macron, luego se extendió a toda la clase política francesa tradicional, en reclamo por la constante pérdida del poder adquisitivo y por deterioro del nivel de vida de las clases medias y bajas, incorporando además, en algunos casos, consignas de tinte nacionalista que se pronunciaban en

contra del creciente fenómeno inmigratorio.

En octubre de 2019, un alza en los precios del transporte público en Santiago de Chile destapó la olla a presión y dio lugar al estallido social que se prolongó por los cuatro meses siguientes, con masivas movilizaciones populares y graves hechos de violencia institucional denunciados frente a la comunidad internacional. La experiencia chilena muestra con enorme claridad la amplitud del fenómeno de cuestionamiento a los partidos políticos tradicionales y la inexistencia de una salida de la crisis mediante mecanismos institucionales previstos por un sistema político que aleja a la sociedad de la esfera del poder. A tal punto que se volvió inevitable avanzar en el actual proceso constituyente como única alternativa reconfiguradora de lo político.

Este breve racconto, recuerda son solo algunas de las protestas multitudinarias que nos obligan a ensayar nuevas respuestas para la clásica pregunta sobre las causas que llevan a los representados a rebelarse contra sus representantes. En 1978, el norteamericano Barrington Moore Jr. publicó una obra central para la sociología política intentando responder este viejo interrogante¹. Su planteo giraba en torno al concepto de reciprocidad que, según él, era fundamental para poder entender la relación entre el pueblo y sus gobernantes. Esta idea supone un pacto social tácito que redundaba en un beneficio para toda la comunidad mediante el cual los representados aceptan sus obligaciones. Pero estas obligaciones (la fundamental, obedecer a las autoridades) son de naturaleza recíproca: como contrapartida, los representantes deben cumplir con las que corresponden a ellos (servir y proteger)². Moore consideraba que sin la idea de reciprocidad “se vuelve imposible interpretar a la sociedad humana como la consecuencia de cualquier otra cosa que no sea la fuerza o el fraude perpetuos” (1996: p. 477).

Podemos observar que la idea de reciprocidad ha estado implícita en el lenguaje político desde hace siglos. Su uso retórico e ideológico ha tenido un gran potencial, en tanto la crítica popular a la autoridad de los gobernantes se ha fundamentado repetidamente en el incumplimiento de las obligaciones para con su pueblo.

El lazo de reciprocidad en cuestión

El último de los informes anuales realizados por Latinobarómetro³, en el cual se procesan datos provenientes de casi veinte países de la región, arrojan una serie de indicadores que expresan un desgaste progresivo del lazo de reciprocidad entre representantes y representados en casi todos los países de América Latina.

El análisis de las variables presentadas en el estudio puede dar origen a diversas lecturas y las relaciones de causalidad que se observan son múltiples. Sin embargo, la información obtenida con el relevamiento marca de forma rotunda algo que no nos resulta inesperado: la mayor parte de la sociedad está disconforme con sus representantes.

En Argentina, que el 82% de los ciudadanos crea que está siendo gobernado por unos cuantos grupos poderosos que buscan su propio beneficio, que el 74% confíe poco o nada en el Congreso Nacional y que el 86% tenga poca o ninguna confianza en los partidos políticos, nos habla de la crisis de ese lazo de reciprocidad sobre el que reflexiona Moore.

Frente a este descontento con las instituciones de la democracia representativa o, como suele rotularse en el discurso coloquial, con “los políticos”, en las últimas décadas se ha producido un aumento considerable de las formas de participación política no institucionalizadas⁴.

A partir de estas experiencias sigue siendo pertinente interrogarnos sobre cuál es el vínculo entre la sociedad y lo político. ¿Podemos sostener que la ciudadanía muestra un rechazo hacia la práctica política? Y en este punto no nos referimos a la política en sentido amplio –como actividad en cualquier ámbito social orientada al diseño y al logro de una meta colectiva– sino a la política en sentido estricto –como actividad que busca dirigir o influir en la dirección del Estado–.

Solemos ver que movilizaciones multitudinarias con un carácter netamente político (en sentido estricto) no se reconocen a sí mismas de esa forma y, paradójicamente, parecen incrementar su poder de convocatoria en tanto se presentan en sociedad como desprovistas del adjetivo “político”.

El politólogo Bernard Manin señala tres características que suelen presentar estas formas de participación políticas no institucionalizadas: 1) se producen de forma episódica en función de la oportunidad generada por un contexto específico, 2) se encuentran ligadas a un objeto o tema en particular y no a un vasto programa y, 3) los ciudadanos que se movilizan lo hacen buscando influir directamente en las decisiones de gobierno y en aquellos que las toman⁵.

¹ Moore, B., Jr. (1996). *La injusticia. Bases sociales de la obediencia y la rebelión*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

² La clásica frase de Carl Schmitt expone de forma sintética esta idea: “El ‘protego ergo obligo’ [protejo, luego obligo] es el ‘cogito ergo sum’ [pienso, luego existo] del Estado”. Schmitt, C. (1984), *El concepto de lo político*, Buenos Aires: Struhart, p. 87.

³ Informe Latinobarómetro 2018. Disponible en: www.latinobarometro.org.

Según la ficha técnica del estudio, se aplicaron 20.204 entrevistas cara a cara en 18 países entre el 15 de junio y 02 de Agosto 2018, con muestras representativas de la población nacional de cada país, de 1.000 y 1.200 casos, con un margen de error de alrededor del 3%, por país.

⁴ Klingeman H.D. y Fuchs D. (1995). Citizens and the State: a relationship transformed. En Klingeman H.D. y Fuchs D. (eds.) *Citizens and the State*. Oxford: Oxford University Press.

⁵ Manin B. La democracia de audiencia revisitada. En Annunziata, R. [comp] (2015). *¿Hacia una*

Podemos poner en duda la idea de que la ciudadanía actual haya dejado de creer en la política y en su potencial de transformación social. A primera vista, parece resultar claro que el descontento y la desconfianza no se deposita sobre la acción política en sí –aunque entre los motivos que impulsen a la acción en determinado momento se encuentre la creencia de que no se está actuando políticamente– sino sobre la dirigencia política en particular.

Pero entonces, ¿cuáles son los límites de esta crítica? ¿qué lugar queda para “los políticos” en una sociedad que reniega de ellos? ¿es posible pensar en una ciudadanía autónoma, liberada de la clase política? El gran debate que se origina en estas preguntas debe tener en consideración dos aristas fundamentales.

La primera de ellas tiene que ver con los cambios que ha experimentado el vínculo de representación política en las democracias contemporáneas. Como señala Isidoro Cheresky⁶, en la actualidad la escena política nacional no es definida por el sistema de partidos tradicional sino que se organiza en función de líderes de popularidad en torno a los cuales se articulan las redes partidarias. El rol mediador de los partidos disminuye frente a dirigentes que establecen una relación más directa con la ciudadanía. Y en este vínculo de representación, el rol instituyente del representante prevalece sobre el rol expresivo. Es decir, más que detectar clivajes sociales preexistentes o recibir demandas de los ciudadanos, los líderes políticos actuales son los que las crean o reformulan (por supuesto, no de forma arbitraria).

La segunda cuestión a considerar es la noción de lo *impolítico* descrita por Pierre Rosanvallon⁷ al analizar las nuevas formas de la democracia. Para Rosanvallon el problema de las sociedades actuales no es la despolitización o la anti-política de sus ciudadanos sino la *impolítica*.

La *impolítica* produce dos efectos que se vuelven en contra de los propios representados. Por un lado, al separar la esfera de la sociedad civil de la esfera política, el campo de lo político tiende a ser colocado en un lugar de exterioridad respecto de la propia sociedad. En este contexto el ciudadano se transforma en un “consumidor político cada vez más exigente, renunciando tácitamente a ser productor asociado del mundo común” (Rosanvallon, 2015: p. 247). El inconveniente en este punto se encuentra en que la forma en que se manifiestan esas expectativas y exigencias conduce a deslegitimar y debilitar los poderes a los cuales se dirigen: descontento asegurado.

Por otro lado, la *impolítica* también genera una creciente fragmentación del campo de lo político entorpeciendo una visión integral de los problemas que surgen de la vida en sociedad y, por lo tanto, una aprehensión global de la acción política (Rosanvallon, 2015: p. 248). Paradójicamente en nuestra época, que como nunca antes nos muestra un mundo donde los problemas sociales se globalizan y adquieren una complejidad inédita, las perspectivas holistas se vuelven escasas. Podríamos debatir cuál de las siguientes cuestiones constituye la variable dependiente y cuál la independiente, pero no podemos dejar de observar la potente relación que existe entre a) la incapacidad de las sociedades actuales para conjugar una visión integral en la que se vinculen los principales problemas que atraviesan la vida en comunidad y b) el declive de las ideologías que otorgaban una visión global no solo para aproximarse a la realidad presente sino también para proponer diversos mundos posibles.

Hoy en día son más escasas aquellas propuestas que invitan a movilizarse a favor de un proyecto de comunidad –con sus múltiples dimensiones– que aquellas que convocan a participar en la consecución de fines particulares u objetivos específicos. Incluso, dentro de este último tipo de convocatorias, el reclamar a favor de algo suele ser, cada vez más, la excepción.

La mayoría de las movilizaciones ciudadanas de nuestro tiempo son grandes manifestaciones de rechazo, por lo que uno de sus rasgos característicos es la negatividad (Cheresky: 2015). La pura negatividad, la formulación de demandas en términos absolutos, la incapacidad de reconocer y negociar con otros actores de la comunidad política puede intensificar la impotencia de una sociedad que en ocasiones no logra traducir sus demandas en políticas públicas concretas.

(Im)política pública

De forma inevitable, la era de la *impolítica* descrita por Rosanvallon impacta de lleno en la manera en la que los Estados pueden diseñar, implementar e incluso evaluar sus políticas públicas.

La velocidad de los cambios sociales, las vertiginosas dinámicas que se producen entre la diversidad de actores que intervienen en los problemas públicos de nuestro tiempo, los enormes flujos de información, son algunos de los múltiples fenómenos que se deben tener en cuenta para entender por qué la forma en la que se desarrollan y ejecutan las políticas públicas en la actualidad se ve expuesta a novedosas tensiones.

Las propias capacidades de los Estados son cuestionadas y frecuentemente sobrepasadas por las herramientas con las que gigantescas corporaciones⁸ cuentan para no solo anticiparse a las

mutación de la democracia? Buenos Aires: Prometeo Libros, pp. 19-41.

⁶ Cheresky I. “Comentario en torno a los partidos y a la representación en la democracia de audiencia”. En Annunziata, R. [comp] (2015) *¿Hacia una mutación de la democracia?*. Buenos Aires: Prometeo Libros, pp. 43-56.

⁷ Rosanvallon P. (2015). *La contrademocracia: la política en la era de la desconfianza*. 1a ed. 3ra reimpresión. Buenos Aires: Ediciones Manantiales.

⁸ En la actualidad las corporaciones son más grandes que en cualquier otro momento de la historia.

demandas de los individuos, sino también para elaborar respuestas rápidas desde el mercado: respuestas que, por supuesto, son imbuidas por la lógica del costo-beneficio y excluyen a amplios sectores de la población.

Como es de esperarse, el dinamismo de la sociedad encuentra un reflejo más nítido –aunque la mayoría de las veces solo aparente– en los procesos del mercado que en las lógicas burocráticas estatales.

La percepción de este defasaje es uno de las principales causas de lo que algunos autores han definido como la crisis de la representación. Norbert Lechner⁹ sostiene que la fluidez que se observan en diversas esferas de la sociedad actual no tienen su correlato en las instituciones políticas. Una serie de profundos cambios, fundamentalmente referidos al auge de la globalización y la consolidación de una sociedad de mercado, transforman las actitudes, conductas y expectativas de los individuos impactando de lleno en las formas de organizar lo social. El surgimiento de “una nueva sociabilidad y nuevos imaginarios colectivos que debilitan la referencia al Estado y a la política como destinatarios de las demandas sociales”(Lechner: 1996, p.5). Los partidos políticos son una víctima más de la crisis de las instituciones políticas que monopolizaron la representación hasta fines del siglo XX. Al ser los partidos los principales vehículos para organizar la competencia por los cargos públicos la crisis de los partidos mas temprano que tarde se traduce en la crisis de los gobiernos, y la crisis de los gobiernos en la crisis de los Estados y sus políticas.

Las tendencias señaladas por Lechner que modifican el estatuto de la política tienen un profundo efecto sobre la forma en la que el Estado es llamado a responder frente a la multiplicidad de los problemas públicos que son puestos en agenda. Atravesamos una época donde la política pierde su centralidad como la instancia de representación, regulación u conducción de la vida social, siendo desplazada por un mercado que condena su intervención. Lechner advierte que si “los distintos campos o sub-sistemas de la actividad social (economía, derecho, moral, etc) adquieren creciente autonomía, desarrollando racionalidades específicas y difícilmente conmensurables, queda en suspenso la “unidad” de la sociedad”(Lechner: 1996, p.8).

Al perderse este marco de unidad de concepción se torna imposible la unidad de acción con la que el Estado podría/debería atacar la mayoría de los problemas públicos. La enorme batería de políticas públicas diseñadas e implementadas por las diversas áreas gobierno terminan enfocándose de manera primordial a la resolución de demandas de grupos sectoriales e intentando gestionar recursos escasos en un contexto de amplias demandas. La falta de unidad de los reclamos ciudadanos, se refleja en una falta de respuesta integral desde la política pública: en este punto, los recursos estatales no solo se vuelven escasos sino además ineficientes.

Desafíos pendientes

En este marco, la dirigencia política y, especialmente, quienes ocupan roles centrales en la administración pública, continúan siendo una pieza fundamental en el engranaje democrático. Tienen una enorme responsabilidad que deriva no solo de su rol expresivo de las demandas ciudadanas sino también de su capacidad instituyente sobre la forma en la que una comunidad se piensa a sí misma.

Al mismo tiempo, la complejidad e interrelación de las cuestiones sociales, económicas, culturales, ambientales, requiere de debates estratégicos para lograr una unidad de concepción que se traduzca en planes de acción pública.

Por el momento, solo fuerzas políticas organizadas institucionalmente pueden llevar adelante estos procesos. En este sentido, y aunque la mayoría de los estudios de este campo temático no realicen comúnmente esta vinculación, consideramos que para fortalecer la capacidad de los Estados en el diseño y la implementación de mejores políticas públicas es una condición necesaria el fortalecimiento de los partidos políticos y de las organizaciones sociales de los territorios. Por el contrario, debilitar a estas instituciones y devaluar a sus dirigentes conlleva el riesgo de trasladar el poder a esferas donde la representatividad y la democracia se opacan aún más.

En términos de facturación 69 de las 100 mayores entidades del mundo son empresas, no Estados. Las 10 corporaciones más grandes del mundo (una lista que incluye a Walmart, Shell, Exxon, Apple) superan con su facturación a los ingresos públicos de 180 países en conjunto. Ver: Global Justice.(2016). Citado en: Hardoon, D. (2017) *Una economía para el 99%. Es hora de construir una economía más humana y justa al servicio de las personas*. Oxfam Internacional.

⁹ Lechner N. (1996) “Las transformaciones de la política”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales, Vol. 58, núm. 1, Enero-Marzo, 1996.

La posmodernidad trajo consigo sociedades fragmentadas, donde la solidez de instituciones tradicionales es puesta en cuestión de forma permanente. El creciente individualismo, que proclama la defensa de la libertad y la autodeterminación de las personas, arroja a la mayoría de ellas a una vida de incertidumbre, vacío y miseria. Solo desde la política puede construirse una comunidad de sentido que permita a los ciudadanos transformar una realidad que ellos mismos producen y que se les presenta como ajena. Solo desde la política pueden construirse visiones comprensivas de los enormes desafíos que enfrentan los Estados para resolver los problemas de la gran mayoría de los ciudadanos. Solo desde la política puede pensarse una sociedad protagonista de aquellos procesos de elaboración y gestión de las políticas públicas que permitan avanzar en las profundas transformaciones sociales que requiere nuestra región.

Referencias bibliográficas

- Cheresky I. “Comentario en torno a los partidos y a la representación en la democracia de audiencia”. En Annunziata, R. ...[et. al.] (2015) *¿Hacia una mutación de la democracia?*. Buenos Aires: Prometeo Libros, pp. 19-41.
- Hardoon, D. (2017) *Una economía para el 99%. Es hora de construir una economía más humana y justa al servicio de las personas*. Oxfam Internacional. Informe disponible directamente en:

http://www.globaljustice.org.uk/sites/default/files/files/resources/corporations_vs_governments_final.pdf.

- Klingeman H.D. y Fuchs D. (1995). Citizens and the State: a relationship transformed. En Klingeman H.D. y Fuchs D. (eds.) *Citizens and the State*. Oxford: Oxford University Press.
- Latinobarómetro. (2018) Informe Anual Latinobarómetro 2018. Disponible en <http://www.latinobarometro.org>
- Lechner N. (1996) “Las transformaciones de la política”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales, Vol. 58, núm. 1, Enero-Marzo, 1996.
- Manin B. (2015). La democracia de audiencia revisitada. En Annunziata, R. (comp). *¿Hacia una mutación de la democracia?* Buenos Aires: Prometeo Libros (pp. 19-41).
- Moore, B., Jr. (1996). *La injusticia. Bases sociales de la obediencia y la rebelión*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rosanvallon P. (2015). *La contrademocracia: la política en la era de la desconfianza*. 1a ed. 3ra reimpresión. Buenos Aires: Ediciones Manantiales.

Referencia del autor

Politólogo (UBA). Investigador del Programa de Gobierno, Políticas Públicas y Transformación Social (PIGOPP) de la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ).